

Miguel Covarrubias:

Sobre el estudio irónico
de lo exótico y lo cotidiano

RODRIGO MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Caricaturista de lo reprochable; dibujante de los excesos arquetípicos; crítico de la historia contemporánea; adorador de la belleza femenina, la naturaleza y el pasado, Miguel Covarrubias ha cumplido el primer centenario de su natalicio y la novedad de su pintura, cuyas obras maestras peligran por el descuido de algunos, permanece intacta por su trascendencia en el panorama cultural mexicano. El autor del mural Mapa de las artes populares, el cual se halla en el Museo de Artes e Industrias Populares, es poseedor de una obra cuyo estilo es dinámico y donde, a través de un método de síntesis pictórica, la vida cosmopolita es objeto de la sátira y los universos exóticos de México, New York y Bali se manifiestan mediante trazos de belleza sensualista e, incluso, hesiodiana.

El “Chamaco” Covarrubias, quien publica sus primeros dibujos en tinta a los catorce años (a lado de una reseña dedicada a la primera muestra de Roberto Montenegro), nace en la ciudad de México en 1904. Durante su juventud, deja los estudios en la Escuela Nacional Preparatoria para dedicarse a la caricatura. A pesar de ello, el joven artista jamás pierde los vínculos con la historia pues sus frescos evidencian un profundo conocimiento de la misma. En 1923, realiza un viaje a New York donde colabora en la revista *Vanity Fair* ilustrando sus mordaces *Private Lives of the Great* (Vidas privadas de los famosos).

El viaje a Estados Unidos marca la caricatura del pintor ya que descubre el mundo negro de Harlem y el jazz, al cual da vida en viñetas como Irving Berlin, un retrato caricaturesco de uno de los máximos representantes del ragtime. Su relación con este mundo cultural lo lleva a la creación de obras vanguardistas como el impresionante retrato cubista de Edgar Varèse. La ironía de Covarrubias se nutre de su contacto con otras culturas y su conocimiento de la historia. Tales fundamentos son la base de sus más grandes trabajos cómicos, caso del extraordinario óleo (Entrevista imposible) donde Hitler, Stalin, Mussolini y un singular tirano de la literatura y la política norteamericanas aparecen acompañados por un caballito de juguete que este último sujeta.

Después de su matrimonio con la bailarina norteamericana Rose Rolando, becado por la institución Guggenheim en 1932, Covarrubias viaja a Bali, India, África y Europa. De vuelta en Estados Unidos realiza el libro de caricaturas *El príncipe de Gales* y otros americanos famosos y la compilación de oleos intitulada *La isla de Bali*. “El Chamaco” vuelve a México influido por el arte del viejo continente y, sobre todo, por la vida agreste de las regiones que ha visitado.

Como ha señalado Justino Fernández, la obra de Miguel Covarrubias tiene su máximo género de expresión en las ilustraciones. Allí, dice el crítico, “no tiene rival”. Sus “líneas sintéticas, los colores vivos y sugerentes” caracterizan una pintura que adelanta algunas

corrientes artísticas. Sus dibujos y murales tienen una dinámica implacable donde ya hay algo del futurismo y, además, hallo sensualidad en las formas de sus personajes, especialmente en las figuras femeninas. Por otra parte, “El Chamaco” conoce el pasado y también explora en la antropología. Como resultado, su capacidad crítica tiene alcances absolutamente refinados; hecho que multiplica la sátira mediante la aplicación de una ironía sutil.

El mural Una tarde de domingo en Xochimilco, que hoy se debate entre su permanencia en México o su éxodo al extranjero, es, quizá, el más importante del autor. En dicha obra, ubicada en un restaurante de la calle Madero, aparecen casi todos los elementos que han dado singularidad a la obra de Covarrubias. Se trata de una pieza costumbrista donde hay un par de vendedoras de flores y dos trajineras. En una de las embarcaciones viaja un grupo de estadounidenses y, en la otra, una suerte de parejas mexicanas entre las que destacan dos personajes: una mujer que toca la guitarra y un burócrata que, a diferencia del resto, no mira a la intérprete. Este tipo también aparece en un cuadro llamado El hueso.

La dama de este fresco es la síntesis de la sensualidad femenina en Covarrubias. Su belleza no sólo es extraordinaria sino autóctona. En ella convergen tanto los rasgos de la mujer nativa como los de una señora cosmopolita. La figura posa ante el espectador y funge como el vehículo de la sensualidad. En ella hay exageración de las formas. Su rostro de piel morena, semejante al tono y trazo de las vendedoras de flores, es un llamado al origen, al ser mexicano por su carácter mestizo.

La sensualidad de la mujer en la obra de Covarrubias es un elemento ligado a su interés por lo exótico. La exploración de Bali y África, el interés por el pasado originario y la influencia de la caricatura crean un estilo que se manifiesta como una forma de erotismo. La dama de la trajinera, las nativas desnudas en La isla de Bali, la mujer del cuadro Rhapsody in blue (sobre la monumental composición de George Gershwin), las

indígenas en el Mapa de las artes populares e incluso la hembra humana que protege a sus críos animales en Maternidad son formas anegadas de movimiento cuyos trazos casi llegan a una propuesta manierista. La dinámica de los motivos femeninos en Covarrubias es como la suma de su indagación en las raíces ancestrales. La mujer es la criatura de la creación, la revelación de la tierra y una semblanza de los tiempos antiguos. Asimismo, es el vínculo entre comunidades distantes y milenarias cuya identidad radica en la multiplicidad de su cultura.

Una tarde de domingo en Xochimilco también expresa la ironía de Covarrubias. En el mural las clases sociales son identificables. Las actitudes son arquetípicas. Los hombres que llevan los remos son como ídolos de piedra. Inmóviles. Acaso indiferentes. Los extranjeros viven una fascinación barroca. Las vendedoras, como la mujer originaria, labran la tierra humana. Trabajan y crean. Son fértiles por el fruto de su labor.

En la trajinera principal, el mexicano de la metrópoli monta su propio teatro. Entre ellos figura un oficinista que mira al exterior. Se trata del burócrata quien, probablemente, vive el ascenso de su carrera. Este personaje es el motivo de la sátira. El pintor lo añade porque hay una semántica detrás del mismo. Es el intérprete del fresco titulado El Hueso, en el cual aparece sentado en una silla; pasivo hasta el hartazgo; los dedos entrelazados; la ropa oscura y un pedazo de hueso a su costado. Es el arquetipo del sindicado que espera una prebenda por su fidelidad al partido. Es la síntesis del corporativismo en México durante la era de las presidencias mono partidistas. La presencia de este tipo en la embarcación revela un humor caricaturesco en un mural costumbrista. Señala un estado de ironía latente ante lo cotidiano frente a la historia contemporánea y la historia ancestral.

La composición de este mural es una demostración del estilo en Covarrubias. Los colores respiran y viven una propia luminosidad; las formas son herencia de una



Alfredo Zalce

dibujística acostumbrada al trazo sencillo, móvil y caricaturesco; el tema es una vinculación entre lo tradicional y lo moderno; los motivos son una mueca contra los papeles del ciudadano “civilizado” y un reconocimiento a la permanencia del pasado y lo popular.

Sin duda, tras la obra de Miguel Covarrubias hay una semántica. La mujer que musicaliza el recorrido de la trajinera es una aproximación diminuta. Pero otros motivos, como las figuras autóctonas y los símbolos del Mapa de las artes populares reclaman un estudio detallado. En dicho mural habla la patria, las regiones concurren en un estado de movimiento continuo y los elementos terrenales se convierten en los ejes de la existencia. El sol y la luna brotan equilibrados. La muerte ronda el cielo. Una nube retoña y oculta el futuro. El arlequín domina toda la tierra y un revolucionario escucha los rumores del presente. El fresco es un todo estético e histórico. Hay en él el exotismo que seduce al

autor y una expresión patriótica que va más allá de una mera expresión nacionalista. Cada uno de los personajes y objetos parece haber sido estudiado por el autor. Aparecen porque poseen un significado. No se trata de una exhibición etnológica o descriptiva.

A un siglo del nacimiento de Covarrubias su obra prevalece. La calidad de su estilo y la frescura de su humor son definitivos. “El Chamaco” merece atención porque su pintura es un indicador de la necesidad de construir una identidad más racional. Una de carácter pluricultural y poseedora de sentido histórico y de noción sobre el presente. Asimismo, es vital rescatar su pintura pues un mural como Una tarde de domingo en Xochimilco pelagra por el descuido en que se halla. Es menester conservar los episodios de la plástica mexicana que contribuyen a la formación de una conciencia de la cultura popular, las clases sociales y los cambios de la entidad mexicana. ■